

JAIME CAMPMANY

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

EL pasado año 1966 ha sido el año loco de Jaime Campmany. Uno tras otro, ha enriquecido su historia profesional con seis premios periodísticos importantes: Mariano de Cavia, Nacional de Periodismo, Ejército, Diputación Provincial de Madrid, Popularidad de PUEBLO y «escritor del año de ámbito nacional» en el balance de un periódico de provincias.

La verdad es que Campmany, en algo más de quince años de periodista, fué premiado en varias ocasiones. Los más sagaces se habían dado cuenta hace mucho tiempo que apuntaba claramente un observador de lo cotidiano, con una palabra vibrante de poeta y una diáfana sinceridad de hombre de su tiempo.

Su misión de corresponsal en Roma, con ser muy afortunada, no puede decirse que ha puesto en órbita su nombre. Pero desde la primera pajarita de «Arriba», Jaime Campmany ha saltado a un ámbito de popularidad mucho más amplio, y día a día ha logrado el suficiente pulso profesional para mantener el tono de su comentario, una vez desenfadado; lírico, ternurista, ácido, humorístico, otras.

A la batalla de los premios literarios hay que ir con un hígado a prueba de los más duros golpes. Muchas veces la victoria se arbitra con una justicia aplastante y, algunas también, no da tiempo a competir. Es entonces cuando asoman las hábiles ratas, esas que saben correr por canalones secretos hasta el tejado, debajo de cuyas tejas han escondido, miga a miga, la gran hogaza del premio. De esta suerte, cuando asoman en el horizonte las celadas de los vencedores legítimos, ya hace tiempo que se ha puesto el sol.

Campmany ha luchado mucho en este campo abierto de periodismo y sabe muy bien todas las



bazas que le han arrebatado de las manos. Por eso los premios, que a la larga estimulan, se encajan siempre con un semblante en el que hay muestras de júbilo y de fatiga.

Jaime Campmany, por la mañana, desde las columnas de «Arriba», está punteando en la guitarra rección afinada las melodías que estábamos deseando escuchar los españoles de este tiempo.

Los premios, querido Jaime, son arma de doble filo. Ten cuidado. Yo te aconsejo, siguiendo aquella deliciosa picaresca de González-Ruano, que hagas lo posible por compensar el equilibrio de la balanza de cara al prójimo. Si te dan un premio, al otro día, para contrarrestar el efecto que puede producir, anuncia alguna situación dolorosa que mueva a la compasión: una úlcera, una posible operación quirúrgica o alguna otra calamidad.

Este es un país muy sensible al éxito del prójimo y todavía se perdona mal un premio. Procura, además, cuidar el bigote con esmero. Muchas veces los premios se pierden porque a un miembro del jurado no le ha caído bien la forma en que uno se lo ajea o se lo arreglan.

Una prosa lírica como la tuya, nítida, auroral, que sale a la calle indistintamente para acariciar al caviloso borriquillo del trapero que pasa, o para lanzar con honda una pedrada al malvado que acecha en la esquina, no podrá evitar para ella misma ni para los demás esa sonrisa amarilla del que mañana, el miércoles o el viernes próximo, va a decirnos: «Era gracioso, pero se repite.»

Ya sabes, Jaime, que en este tapete de la verde España resulta muy difícil lograr un pleno de felicidad.